

La ternura del escritor

Julio Patán

El caso de Enrique Serna es paradigmático: un escritor que ha sabido reunir en sus novelas y cuentos dosis igualmente valiosas de arte literario y humor negro. Esta virtud es notoria en su tercer volumen de relatos, La ternura caníbal, del cual hace Julio Patán un entusiasta comentario.

Dijo Martin Amis en alguna entrevista que eso de que los personajes cobran vida propia y deciden de algún modo el curso de la historia que los contiene no lo entiende, porque sus personajes, cuando ven que él se acerca, tiemblan. Es poco probable que Enrique Serna (Ciudad de México, 1959) tropiece con un comentario tan estudiadamente narcisista, tan sobreactuado, pero la tentación de establecer paralelismos no resulta fácil de sortear: a juzgar por el trato que les da, sus personajes, al verlo venir, probablemente hacen eso, temblar. O eso imagina el lector cuando se acerca a *La ternura caníbal*, el regreso de Serna a un género, el cuento, que cultiva con mucha gracia al menos desde los noventa y que en los años recientes había dejado el palco preferencial a la novela.

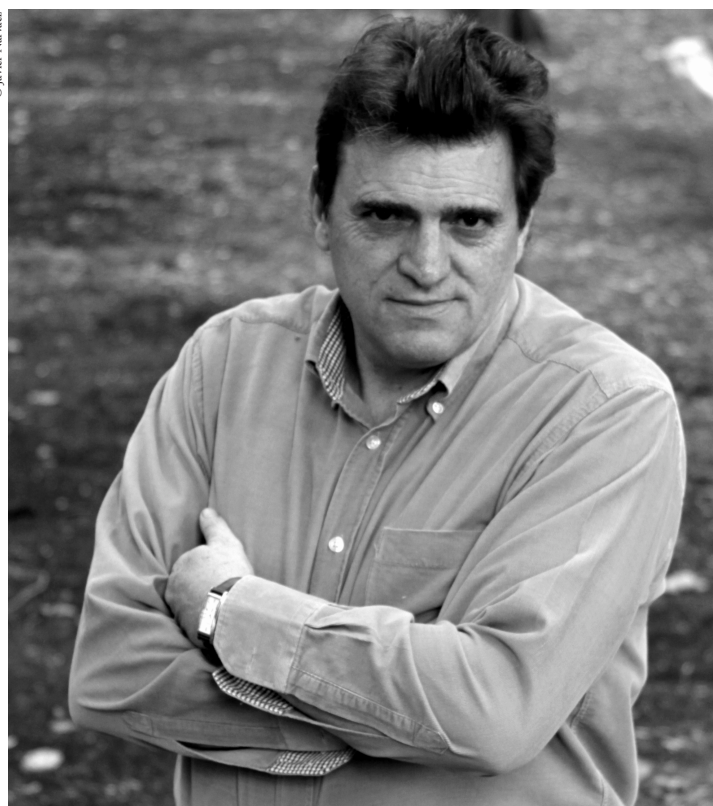
A sus personajes los trata mal, mal en serio, sobre todo cuando son personajes masculinos o, mejor, ortodoxamente masculinos. Nadie puede excomulgar a Serna por pecado de corrección política, esa forma progresista del puritanismo que todos llevamos dentro pero que patentaron y dotaron de legitimidad los gringos de la academia. Un escritor con una mala leche tan medular, tan esencial —el humor, sabemos, no es un aderezo o una concesión a los tonos menores, como todavía se deja ver en las opiniones de algún crítico, sino una forma de la inteligencia, según nos enseñan, por decir, Ibargüengoitia o el noventa por ciento de los narradores británi-

cos—, sería incapaz de caer en la tentación de la militancia biempensante o la demagogia progre. Su libro democratiza los golpes a la mandíbula; en todo caso podría decirse de él, como W. C. Fields de sí mismo, que no tiene prejuicios, que odia a toda la humanidad por igual. Y aun así, su literatura, como pocas, se regodea en la demolición del arquetipo del macho, de la masculinidad hipertrofiada. Los relatos contenidos en *La ternura caníbal* incluyen, por ejemplo, artistas ínfimas, mezuquinas, que odian a sus maridos por celos profesionales, pero sobre todo abundan en sementales derruidos, en falsa testosterona diluida por el ácido de la vida, como muestran lo mismo el militar en retiro de “Entierro maya” que ese viejo político caído en desgracia dispuesto a matarse a tragos mientras su mujer lee *El código Da Vinci* (“Material de lectura”) durante un viaje de placer pagado, con qué si no, con nuestros impuestos.

Cáustico, dotado de una envidiable ironía seca, Serna se acerca dos o tres pasos al día a día, a la cotidianidad más fácilmente reconocible, para sacudirla de raíz, como se deja ver en la apretada síntesis de las líneas anteriores. Ahí, en la proximidad con registros realistas, es quizá donde reside la diferencia más notable con alguno de sus títulos anteriores, destacadamente *Amores de segunda mano*, el volumen de relatos que publicó Cal y Arena en el año 94. Aquel Serna visitaba con más frecuencia y



© Javier Navar



Enrique Serna

más entusiasmo las periferias de la vida, la marginalidad clara y diferenciada, como la del gay y la “artista sexual” exhibicionistas que se enamoran y descubren que su vida sexual será pública o no será (el cuento se llama “El alimento del artista”) o la de la estrella televisiva que decide tirarse a su imitador travestido en “Amor propio”. Con alguna excepción, el Serna de 2013 prefiere a las clases medias o altas digamos convencionales como objeto de su escarnio. Casi paradójicamente, esto redundará en una reconcentración de la mala leche o, si se quiere, en una propensión aun menor a la ternura, lo que ya es mucho decir. Porque la ternura, estrictamente, no le es del todo ajena. A Serna se le dejan ver —no mucho, no empalagosamente, como sin querer— las sensibilidades cuando se acerca a los *raros*, pero no y nunca en los entornos aburguesados. Si libros como *Amores de segunda mano* descubrieran a un talento del naturalismo duro y el esperpento, *La ternura caníbal* trae la buena noticia de que hay en librerías un dotado satirista que se ha metido en un terreno diríamos más *British*, un tanto más flemático.

En ese sentido, las referencias que brincan a la cabeza son casi más novelísticas que cuentísticas. Se puede pensar legítimamente en el Santa Anna de *El seductor de la patria*, una *novela de dictadores* a cartas cabales que por serlo es, también y subrayadamente, una novela sobre la masculinidad hipertrófica, como lo son *Tirano Banderas* de Del Valle-Inclán, *El otoño del patriarca* garciamarquezco o *La Fiesta del Chivo* de Vargas Llosa. Pero el libro que remite más claramente a *La ternura caníbal* es *La sangre erguida*, publicado por Seix Barral en 2010. Historia compuesta por tres historias —la de un mexi-

cano obsesionado sexualmente con su novia mulata, la de un argentino que vive del porno y la de un catalán congelado por el miedo a la impotencia—, *La sangre...* es una gozosa demolición de clichés masculinos, y sus personajes, arrasados de pronto por una ola de sensibilidad amorosa que se diría cien por ciento femenina, enganchados al Viagra pirata, manipulados, empobrecidos, descontextualizados, un aviso de los que habitan *La ternura...*

Pero las cosas han cambiado desde 2010. Serna no sólo es más flemático en sus contenidos: lo es también, correspondientemente, en sus formas. *La sangre erguida* es una novela hecha de tres historias y varias geografías pero sobre todo de muchas voces, una fiesta de modismos idiomáticos que van del cascabeleo barrial mexicano, al argentino, al español catalán. Hay, pues, un punto de barroquismo y regodeo formal que remite, nuevamente, al escritor de otros años, incluido el de *Amores de segunda mano*. En *La ternura caníbal* Serna apela a formas clásicas del cuento, ofrecido siempre como una historia breve y redonda, contenida idiomáticamente, que, según la receta de Cortázar, gana por nocaut.

El efecto, una vez más, es contundente. El autor no ha descubierto que la contención y la aparente normalidad combinan idealmente, por contraste, con su mordacidad implacable, un recurso que ya se dejaba ver en algunos de sus relatos de los años noventa. Pero lo ha confirmado. Los años pasan, y su ternura no hace sino diluirse. Para ponerse a temblar, sin duda. **U**

Enrique Serna, *La ternura caníbal*, Páginas de Espuma/Colofón, Madrid, México, 2013, 270 pp.